

## EL INVENTOR DEL ARIELISMO: LUIS ALBERTO SANCHEZ

Siempre me ha interesado la obra de Luis Alberto Sánchez. Desde el umbral de los veinte años, comencé a leerlo en aquellas ediciones desaliñadas pero simpáticas de la "Encilla" de Santiago. Eran los tiempos de sus destierros y Sánchez tenía algo de un Pedro Henríquez Ureña más beligerante y agónico, muy menor en sabiduría y madurez a su modelo pero con una cualidad que éste no poseía: de ser prolífico. Irrestañable, inseguiblemente prolífico.

También parecía Sánchez un escritor capaz de engranar la historia literaria y cultural de Iberoamérica con la problemática social de los años que vivíamos. El espacio y el tiempo, o el "espacio-tiempo", como teorizaría pedantescamente más tarde su jefe Raúl Haya de la Torre estaban plenamente en él, lo hacían atractivo. *América, novela sin novelistas* (1933), *Vida y pasión de la cultura en América* (1935), *Balance y liquidación del 900* (1940), la primera edición de la *Breve Historia de la Literatura Americana* (1937) renovaron la visión de una materia compartida hasta entonces entre una erudición polvorienta, el culto de las glorias regionales o el talenteo pseudo-filosófico.

Pero también desde sus primeras obras nos resultó siempre evidente que, a diferencia del dominicano, carecía

Sánchez de aquella pulcritud del dato, de aquel rigor de la verificación que hacen tan —si entra la palabra— apacible, tan seguro el tránsito del lector por las páginas de la *Historia de la Cultura en la América Hispánica* o *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Por lo general, en los trabajos sintéticos de Sánchez empieza por entusiasrnarnos el planteo general y nos desalienta a menudo su aplicación en el campo de esas literaturas nacionales —por lo general las nuestras— que creemos conocer mejor. Allí los ejemplos inaceptables, las improbables filiaciones, el desenfoque de ciertos juicios lleva una inicial desconfianza hasta un dictamen de irresponsabilidad total. Es sorprendente, con todo, que esta situación ante sus libros concluya más bien en cierta cordial diplecencia que en una abierta hostilidad. Sostiene frecuentemente los desarrollos precarios de Luis Alberto Sánchez una pasión humana, un fervor caluroso de agonista que, aun en el desacuerdo, suscita el respeto y lo mantiene después.

En sus ensayos biográficos: *Don Manuel* (1930), animada vida de González Prada, *Haya de la Torre o el Político* (1934) o *Garcilaso Inca de la Vega* (1930), en sus libros políticos; o históricos; *Dialéctica y determinismo* (1942), *Fundamentos de la Historia Americana* (1943), *¿Existe América Latina?* (1945) la inflexión tendenciosa sin embozo ha organizado una persuasiva "invitación a la visión". Su éxito en ella representa una influencia que, buena o mala, no es un hecho desdeñable y pertenece ya a la historia de la ideología de las clases cultas iberoamericanas en las últimas dos décadas.

Porque Sánchez ha sido, sin duda, el portavoz más eficaz de una mentalidad que se dibujó en América desde las primeras escaramuzas de la Reforma Universitaria en el continente y que ha dejado su impronta en la política, la novela, la poesía y la investigación política y social. Marxismo, indianismo, antimperialismo, sensibilidad revolucionaria y hostilidad al pasado, a las oligarquías y a la herencia cultural europea (y sobre todo hispánica) corrían por allí, mezclado todo ello a buena dosis de retórica y desaprensión tropicales.

Pero lo que nos interesa ahora no son sus expresiones políticas, tan a menudo frustradas o contraproducentes sino su sistema valorativo, su repertorio de exigencias ante

los frutos de la cultura. Pintura, música, filosofía son aceptadas por su calidad de testimonio y por su significación para la beligerancia político-social. Deséchase toda busca puramente formal, todo desvelo por continuar y enriquecer ahondando la gran tradición de Occidente.

La literatura cae también bajo esta consigna militante. Vale, sobre todo, cuando es transmisión eficaz de una experiencia y esta experiencia es una experiencia indoamericana de la injusticia y de lucha contra ella. Es el "mensaje" de una obra lo que la valoriza y este mensaje ha de contener una incitación —no es necesario que sea deliberada, que sea directa— a cambiar el mundo americano. a mejorar sus estructuras. En el dilema entre "cambiar la vida o cambiar el hombre" se inclina decididamente por el primero de los términos. El perfeccionamiento interior, la morosidad contemplativa y el buceo del alma son distracciones estéticas, formas sublimadas de deserción ante la vida.

### *Un Rodó falsificado*

No me parece innecesario este recuento —tan precario— de una ideología.<sup>(1)</sup> Desde esta perspectiva realiza Sánchez su obra y desde ella también su valoración —su "desvalorización"— de Rodó y el "arielismo".

No inventó, por cierto, Sánchez el último de los términos. Desde el prólogo de la edición mexicana de "Ariel" publicada en 1908 bajo los auspicios del general Reyes, el "arielismo" como ideología de una constelación filial a Rodó, como signo de un séquito de discípulos ha corrido con diversa suerte por libros americanos. Pero ha sido, sin duda, Luis Alberto Sánchez desde primeros ensayos de juventud y sobre todo desde "*Balance y Liquidación del 900*" (el "*Ideario de Rodó*" no aporta nada sustancial) el que ha vulgarizado el concepto. Ha sido él quien lo cargó de un contenido polémico y de una intención radicalmente opuesta a la que anteriormente, por lo habitual, poseía. En *Historia de la Literatura Americana*, en *Nueva Historia de la Literatura Americana*, en *¿Existe Latinoamérica?*, en *Fundamentos de la Historia Americana*, en

*Vida y pasión de la cultura en América*, en *Indice de la Poesía Peruana Contemporánea*, Sánchez brinda antecedentes, rectificaciones o precisiones. Lo fundamental está exployado en su *Balance*, y a él, salvo excepciones, hay que referirse.

Sánchez no realiza un análisis sistemático de la obra de Rodó. Su actitud se expide en una retahíla de objeciones y, más raramente, en alguna concesión. En cuanto tal postura puede equivaler a un juicio, este juicio es perfectamente explicable desde la perspectiva que he tratado de esbozar y no hay por qué enrostrarle nada por ello.

También se halla nuestra generación tan distante de cualquier "defensa" de los valores literarios nacionales más o menos probables, tan distantes de cualquier intolerancia poblana que proclame la intangibilidad de hombres y de libros que es innecesario decir que nuestra condición de uruguayos y la de peruana de Sánchez nada tiene que ver en el asunto.

Esa generación nuestra tiene empero una virtud. Es virtud modesta pero cierta su creencia en la exactitud de las evaluaciones, en la necesidad de una previa familiaridad con los hechos sobre los que un dictamen ha de formularse. Y por tal razón parece, eso sí, que cierto temperamento crítico con que, entre 1925 y 1940, se manejó habitualmente la obra de Rodó traduce un desconocimiento bastante serio de sus textos o, por lo menos, un olvido demasiado reiterado de sus matices. En este reproche cae tanto Sánchez como todos sus compañeros de lo que cabe llamar "la reacción antiarielista". Y esto lleva de paso a recordar que nada ha dicho el ensayista peruano que no hayan sostenido anterior o contemporáneamente Alfredo Colmo, o Alberto Zum Felde, o Dimas Antuña, o Gustavo Gallinal, o Alberto Lasplaces, o Ramiro de Maeztu. Las críticas o las reservas de los cuatro últimos son incluso mucho más serias y fundamentales, más cautelosas y auzadamente, Luis Alberto Sánchez. Habrá que reconocerle sin embargo a éste cierta abstención de niveles y de tonos. Por ejemplo, que por lo menos nunca haya llegado a la diatriba elemental de su discípulo y correligionario Andrés Townsend Ezcurra, a la vulgaridad sectaria de un Marco Arturo Montero. Y todavía una enumeración de los

rubros de su activo podría reconocerle gran habilidad en imprimirle a un caudal ya conocido mayor felicidad de expresión, una acuñación más eficaz de fórmulas recordables.

No voy a discutirle ahora si Rodó no vio el imperalismo, si fue ponderado y sin pasión, si su proteísmo planteó una renovación sin norte. Si fue tímido ante lo social, si no comprendió a los Estados Unidos, si fue un demócrata a medias, que no admitió el triunfo del número sobre la selección. Si no hay en su obra rebeldías o incitaciones a la acción, si *no se ensució en lo americano*. Si le falta una doctrina o si su eclecticismo es desdeñable. En una crítica que se ejerce a menudo como una verificación triunfal de determinadas ausencias, es legítima, por ejemplo, la insatisfacción ante su idealismo "insustancial" o la comprobación de la falta de un sólido sentido de la realidad en su obra. Excesivo, en cambio, parece el calificarlo de desarraigado, de mentiroso, de gaseoso. Aceptable (con todas las reservas del caso) me resulta su afirmación de que se concretó al problema de la vocación individual y que le faltó el sentido de lo colectivo; injusta que fue *un conservador a la criolla* aunque se sostenga poco después que fue *liberal y constitucionalista*.

No quiere esto decir que muchas observaciones de Sánchez no sean exactas. Es cierta, por ejemplo, aunque ya muy reiterada antes de él, la que destaca que su *anti-yankismo* fue ético y cultural y no social o económico. No faltan otros asertos de obviedad igualmente plúmbea pero también son muy frecuentes los contradictorios y aun los literalmente erróneos. En verdad, no creo puramente involuntarias estas pifias, ya que algunas tocan a la raíz de la actitud de Sánchez ante Rodó y el "arielismo". Pues me parece indudable que cuando Sánchez enjuicia al autor de "Ariel" no lo enjuicia en sí mismo, no lo estima por lo que fue, dijo o quiso decir; en verdad es muy otro su propósito. Fundar la paternidad rodoniana sobre el grupo —para él aborrecido— de sus "arielistas" ha sido más que su propósito, su obsesión. Y ha querido, lo que resulta inaceptable, encontrar en Rodó la fuente de los rasgos peores que éstos habrían portado.

Sánchez tiene que demostrar que Rodó fue "un oligarca" y que sostuvo actitudes antidemocráticas. Que su

posición ante la América india y mestiza fue pesimista y "blanquista" su prospecto. Tiene que probar que se limitó a displacencias estéticas ante Estados Unidos pero que, como "oligarca", alentó su influencia.

Así insiste en una impremeditada frase de Hugo Barbagelata sobre Rodó: *fue niño mimado de casa antigua y rica*. La expresión, aunque errónea (ya que Rodó no nació ni vivió en capa superior a la de una decorosa clase media) le sirve para cohonestar su afirmación de un origen aristocrático. Pero sus "oligarcas" son dictatoriales y Rodó tuvo también que serlo. Entonces encontró un hecho revelador: *Actuó en política destacándose por cierto implícito reaccionarismo. Entre sus intervenciones parlamentarias aparece una en pro de la censura a la prensa en época revolucionaria*. Se refiere Sánchez a la actitud de Rodó en la sesión de la Cámara de Diputados del 16 de junio de 1904. En plena revolución presenta este proyecto: *Artículo 1º — Quedan sin efecto las disposiciones restrictivas de la libertad de prensa, dictadas por el poder ejecutivo en uso de las facultades que le confiere el artículo 81 de la Constitución, con las únicas excepciones que en esta ley se establecen. Artículo 2º — Mientras dure la actual rebelión armada no será lícito a la prensa la publicación de noticias no autorizadas por el poder ejecutivo ni el comentario de las operaciones militares...*

La discusión parlamentaria no agrega mayores precisiones a este articulado. Se estaba en plena revuelta y las medidas gubernamentales respecto a la prensa eran al mismo tiempo desarticuladas y severas. Rodó aceptaba sin duda algunas reglas básicas de constricción, como las que formula el segundo artículo. Postulaba en cambio la libertad absoluta para el resto, con la reserva de la propaganda de los pactos que tendieran a *quebrantar la unidad política del país* y que tan gravosa memoria habían dejado desde el año 97. Nadie descubrió jamás en nuestro país que Rodó hubiese sido partidario de la censura a la prensa, y hubo de ser Sánchez, desde su lejanía física e ignorando todas las circunstancias históricas que hacen el contexto del debate el que lo sostuviese.

Contradictorio parece que lo califique de *optimista* (Sánchez no intentó más que el calificativo complementario "medicinal") y poco después de *pesimista*, ya que está

aludiendo al sentido general de la obra y no a pasajeros estados de espíritu. Este optimismo y este pesimismo se refieren inequívocamente al futuro americano. En *Breve Historia de la Literatura Americana* sostiene: *Nuestra América* (1903) (de Carlos Octavio Bunge) *pertenece a ese sector de ensayos pesimistas, inaugurado por Zumeta, seguido por Arguedas y un poco continuado por Vallenilla Lanz, García Calderón y alentado por Rodó*. En *¿Existe Latinoamérica?* amplía: *Durante un período de la historia latinoamericana prosperó mucho la tesis de la degeneración mestiza. Eran los días de Rodó y los arielistas. A fuerza de pretender crear una Grecia —o una Francia— imposible en nuestro suelo mestizo, se perdió de vista la realidad y se convirtió en doctrina sociológica lo que no pasaba de ser un sueño literario. César Zumeta publicó por entonces su *Continente Enfermo, saturado de esos engorrosos cientifismos a lo Lombroso, Nordau y demás fatalistas de la llamada escuela positiva*. Alcides Arguedas lanzó su *Pueblo Enfermo, condena a muerte a su patria boliviana, por ser indígena y mestiza. Uno de los síntomas de elegancia espiritual y clarividencia científica consistía en abominar del mestizo*.*

Me parece que estos textos establecen inequívocamente tres cosas:

1º) Que las obras de Zumeta, Arguedas, Bunge, Vallenilla, Lanz y García Calderón participan globalmente de una actitud pesimista ante el destino iberoamericano y que esta actitud está fundamentada en motivos raciales.

2º) Que son todas posteriores al "*Ariel*" (1900) que marca la iniciación del liderazgo intelectual de Rodó en América.

3º) Que una actitud coincidente de Rodó y de su "arielismo" las habría prohijado.

No creo que quepa mejor cala del método y la actitud del ensayista peruano que un intento de verificación de las tres proposiciones.

Y empiezo señalando que no puedo aquí naturalmente, destacar la abundancia de notas sobrias, pero firmes, de esperanza en América que corren por la obra —mucho más importante de lo que Sánchez cree— de Francisco García Calderón. Ni probar que Laureano Vallenilla Lanz perteneció a un grupo político-intelectual: el de los es-

critores gomecistas venezolanos que no sólo no fueron "arielistas" (¡tan a pesar de Sánchez!) sino cabalmente hostiles a Rodó, no sólo manifestándose como tales sino también logrando la interdicción de algunas de sus obras en Venezuela.

Prefiero el libro de Zumeta. Cualquiera imaginaría después de leer a Sánchez que la obra del venezolano es algún pesado librote aparecido en la primera década del siglo. Sin embargo *Continente Enfermo* no fue escrito en él. Se publicó en Nueva York en 1899. Tiene sólo veintiséis páginas. Y no está lleno de *engorrosos cientifismos* sino que contiene el análisis más lúcido que pudo hacerse por esos años del fenómeno imperialista. No termina con ninguna nota de pesimismo. Termina exhortando a *establecer sociedades de tiro en cada parroquia*. Y apuntaba esta advertencia que no sé si es blanquista o antimestiza: *De los pueblos de la tierra, los únicos que faltan por sojuzgar son las Repúblicas hispanoamericanas*.

Pero supongamos que el libro de Zumeta hubiera sido pesimista, científico y decadente. Fue publicado en 1899. ¿Podía tener el "ariélismo" efecto retroactivo?

Tendríamos que suponer, con todo, que el "ariélismo" hubiera sido pesimista y decadente. Pero es el caso que no lo fue. Y el expediente de Alcides Arguedas nos brinda el mejor ejemplo. No es solo porque en su discutido *Pueblo Enfermo* se expliquen los males de la nación boliviana en base a causas puramente raciales. Arguedas formulaba en él reservas al uso indiscriminado de la palabra "raza" y citaba el pensamiento concorde de Novicow. También señalaba el sustrato económico de la calificación racial en forma que no disgustaría al propio Sánchez: *la calidad étnica de un individuo es la resultante de su condición social*. Pero por lo menos *Pueblo Enfermo* fue escrito en 1903 (es decir, después de *Ariel* y por lo menos es un libro sombrío y desencantado. Por lo menos su autor admiraba a Rodó. Por lo menos se lo envía.

Y Rodó le contesta, asegurándole después de un breve elogio: *los males que Ud. señala con tan valiente sinceridad no son exclusivos de Bolivia, son en su mayor parte, males americanos. Ud. titula su libro Pueblo Enfermo: yo lo titularía "pueblo niño", más amplio y justo quizá y no excluye sino que incluye el otro... la primera infancia tiene*

*enfermedades propias y peculiares... Nuestra América triunfará de las enfermedades de su infancia. Será grande y fuerte.* (Necesitaba pediatras, no geriatras).

Con cierta machacona insistencia distribuyó Rodó estas seguridades durante más de una década. Puede encontrárselas superficiales, banales. ¿Puede, en cambio, considerársele un apóstol del pesimismo?

El mismo Sánchez ha reconocido —sin duda— que el sentido de *Ariel* no es pesimista y que desde la interpretación más lata hasta el rastreo más profundo varias generaciones americanas encontraron en su texto un poderoso estímulo contra el desaliento y un eficaz antídoto contra esas profecías de la decadencia cuya paternidad se empeña en atribuirle. ¿A qué habló entonces de su *optimismo medicinal* si no hubiera encontrado esa insoslayable calidad que Alfonso Reyes, con más simpatía e inteligencia que él, llamaba *un nuevo entusiasmo semejante al chorro de la fuente que se recobra al tiempo que cae. Un optimismo sin complacencias pueriles?*

Pero esta deslealtad en la asignación, esta desprolijidad del recurso sólo tiene el valor de un ejemplo. Ni Sánchez, historiador del novecientos, conoció, ni conoce la copiosa literatura con que Rodó prolongó el eco de su mensaje ariélico ni su lectura de las obras principales ha pasado de ser un ojeo apurado que sólo se queda con los caracteres más gruesos. En cuanto a los libros de Arguedas y sobre todo al de Zumeta la conclusión me parece obvia: el primero lo leyó muy mal, y el segundo no lo vio jamás ni de afuera.

### *Las culpas del ariélismo*

Dándole por esta vía a Rodó una abarcadora primacía, atribuyéndole la paternidad de actitudes que la juventud americana de la época podía encontrar en él, pero también en cien fuentes europeas, en cien autores que circulaban tanto o más que nuestro compatriota, Sánchez construye la noción de una "generación ariélica". No le pidamos a su planteo las precisiones que el concepto generacional ha cobrado entre nosotros después de las aportaciones de Or-

tega y Gasset, Julián Marías o Pedro Laín Entralgo. Levantando su almacén sobre el fatalismo biológico de una contemporaneidad que abarca un tercio de siglo, Sánchez elabora dentro de ella una serie categorial que varía de una a otra de sus obras y mismo a menudo dentro de cada una de ellas. Los "novecentistas" de la *Breve Historia de la Literatura Americana* se reparten en "estetistas", "documentales" y "éticos". En su *Balance*, los "arielistas" contienden con "los calibanes" y afrontan la neutralidad de "los documentales". Distingue en realidad —y para empezar por alguna parte— entre "modernistas" y "novecentistas" en forma similar a como Torres Rioseco lo hace entre los "modernistas" y los "mundonovistas" o a como Pedro Henríquez Ureña discrimina una primera y segunda generación del modernismo americano. Los "arielistas" o "estetistas" de su *Historia* integran unas veces el novecentismo y otras se identifican con él, sin que falten ocasiones en que los considere como una especie de segunda generación modernista o sostenga ya que *el arielismo fue una consecuencia final del boato modernista (Balance)* o que *"Ariel" produjo (. . . . .) nuestro novecentismo (Breve Historia)*. Pero todo importa menos que la desaprensión con que Sánchez maneja las piezas de una vasta nómina que distribuye en los distintos rubros al azar de un conocimiento parcial o de sus inquinas y preferencias.

Porque el simple tenor de los rótulos ya está indicando con qué intensa carga valorativa los coloca Sánchez sobre hombres y obras.

Ocuparán su paraíso de "calibanes" los que presenten rasgos positivos de postura antimperialista o de simpatía al indígena; los que hayan sostenido una actitud filosófica antidealista, sufrido persecuciones o asignado a lo económico importancia primordial. Marcharán al archivo de "los documentales" los que se ocuparon con objetividad del presente y del pasado, los historiadores, los estudiosos, los irrelevantes. O quedarán en "arielistas" los que apoyaron a dictadores, se dijeron "espiritualistas" o "juvenilistas", aparecieron como "vanquizados", tuvieron la suerte de viajar, o vivieron el ocio de la diplomacia.

En realidad la etopeya del "arielista" es más completa en Sánchez y repite, exagerando los trazos, la caracterización de Rodó. Pocos podrían cubrir en realidad un pla-

nillado tan minucioso en que cruzan exigencias como las de "espiritualista" y "materialista", "pesimista" y "optimista", "europeista" y "chauvinista", "militarista" y "liberal", "oligarca" y "dictatorial". Con similar latitud va Sánchez completando sus roles o variando sus destinos según el sentido general de sus obras, la adopción ocasional de una postura o la adhesión o el rechazo que hayan mostrado al autor de *Ariel*.

Víctor Belaúnde, por ejemplo, es "documental" en el *Balance* y "estetista" en la *Historia*. José Vasconcelos es "calibán" en el *Balance* y "estetista" y "ético" en la *Historia*. Vaz Ferreira es "ariel" y "calibán" al mismo tiempo en el *Balance* y "estetista" en la *Historia*; el paraguayo Manuel Domínguez y Joaquín García Monje adoptan también y a muy poca distancia, significaciones antitéticas.

De cualquier manera un elenco relativamente estable permanece inmune a las ocasionales transfusiones. Lo forman Carlos A. Torres, Enrique Molina, Alejandro Deustua, Francisco García Calderón, César Zumeta, Pedro E. Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Gonzalo Zaldumbide, Antonio Casó, Alcides Arguedas, Vallenilla Lanz y algún otro.

No negaré, por ejemplo, la filiación rodoniana reiterada de un Carlos Arturo Torres, autor de aquel bien armado "Idola Fori" que suscitara uno de los ensayos más maduros de Rodó. O la del peruano Francisco García Calderón. De algún otro ya he precisado bastante. Y para los demás no es lugar esta nota para señalar que su "arielismo" fue en un episodio pasajero de su formación intelectual o que ninguna etapa de su formación se acerca a él. O que fueron muy anteriores a Rodó (caso de Deustua) o indiferentes a su obra (caso del paraguayo Manuel Domínguez) o tan hostiles a ella como Carlos Vaz Ferreira según lo verá el que cuide de leer bien las entrelíneas de su *Fermentario*.

Pero la demostración abunda. Como abundaría probar que ni Rodó fue lo que Sánchez sostiene ni que su influencia se ejerció como él lo afirma. Que ni los "arielistas" responden al retrato que él traza ni los que él asigna al tipo caben en él. Que sus "calibanes" no siempre fueron antimperialistas ni partidarios de la igualdad de razas (su elogiado Ingenieros aparece como racista y admirador del imperialismo alemán en sus "Crónicas de Viaje"). Que

sus "arielistas" dictatoriales u oligarcas, "yanquizados" o "blanquistas", nada tuvieron que ver con un *Ariel* literal e intergiversado.

Dos ejemplos, como uruguayos, pueden bastarnos: Alberto Zum Felde, que inició entre nosotros la negación de Rodó en sus artículos en "El Día" de la tarde en octubre de 1919, que los reiteró en su "Crítica de la Literatura Uruguaya de 1921 y en su Proceso Intelectual del Uruguay de 1930 es para Sánchez uno de los mentores del arielismo uruguayo. Y el primitivo batllismo, ciudadano y multitudinario, proyanki, estatista y jacobino es caracterizado así: *"un grupo de novecentistas trata de realizar un singular ensayo democrático en el Uruguay, al amparo de Batlle, atlético mosquetero de otra edad más musculosa y desaprensiva. El anteo encalló en la realidad. Ufanos positivistas llaman "Semana de Turismo" a la tradicional Semana Santa, y fundan el "ejecutivo colegiado" en un país cuyos campos soportaban aun la etapa caudilleril del gaucho descrito en "El Terruño" de Carlos Reyles.*

Con esta mezcla de acierto y de desenfoque, de intuición rápida y generalización desenfadada se alinean corroboraciones y citas, filiaciones e influencias. Pero ¿es necesario ir a buscar más lejos los ejemplos?

(1) Como es muy sabido las posiciones políticas de Sánchez cambiaron grandemente desde los tiempos en que se escribió este texto y lo hicieron en la misma dirección que el aprismo, su partido, de cuyo melancólico destino ha participado.